

ESCENA X.

ASCLEPIGENIA, CREMATURGO, PROCLO Y EUMORFO.
(Asclepigenia se pone de pié para recibirlos.)

ASCLEPIGENIA.—¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué significa venir los tres juntos á mi casa?

CREMATURGO.—Envidiable frescura te concedió el cielo. ¿Cómo, al vernos entrar juntos á los tres, no tiembas, no te asustas, no te hundes avergonzada en el centro de la tierra?

EUMORFO.—Eso mismo repito yo. ¿Cómo no te hundes en el centro de la tierra?

CREMATURGO.—¡Inicua! Nos estabas engañando á todos.

EUMORFO.—Esto pasa de castaño oscuro. ¡Tres al mismo tiempo!

CREMATURGO.—¿Qué puedes alegar en tu defensa?

EUMORFO.—Con razon enmudeces.

ASCLEPIGENIA.—Yo no enmudezco ni con razon ni sin ella. A fin de probaros que la razon no me falta, os contaré una parábola, si teneis calma para oirla.

CREMATURGO.—Cuenta.

EUMORFO.—Te escucho.

ASCLEPIGENIA. (A Proclo, que ha estado y sigue silencioso desde que entró.) Y tú, ¿qué dices?

PROCLO.—Nada. Te escucho tambien.

ASCLEPIGENIA.—En el jardin de este palacio hay un rosal, que estaba casi seco y perdido por hallarse en terreno estéril.—¿Qué necesita? me dije yo al contem-

plarle.—Mantillo, me respondí. Es menester que de las sustancias corrompidas que en el mantillo hay absorba el rosal la savia vivificante que ha de dar lozanía, gala y primor á sus hojas y á sus flores. Cubrí, pues, con mantillo las raíces y el pié del rosal, y el rosal ha reverdecido y florecido como por encanto. La verdura de sus hojas es brillante: sus rosas son divinas. Los pétalos de estas rosas tienen el color encendido del alba: el centro parece cáliz de oro: en el cáliz hay miel. ¿Qué sér delicado, elegante, ligero, bonito, en armonía con la rosa, podrá tocar sus pétalos sin marchitarlos, y libar la miel del cáliz con la correspondiente suavidad y finura?—Una aérea, pintada y alegre mariposa, pensé yo. Y apenas lo hube pensado y deseado, acudió la mariposa más gentil y juguetona que he visto en mi vida; y revoloteando en torno de la rosa, se posó en su seno, sin ladear apenas el flexible tallo, y libó la miel del cáliz de oro. Noté, sin embargo, que esto no bastaba. De la rosa se desprendía exquisita fragancia, que iba disipándose por el ambiente y que el céfiro esparcía en sus alas. En la rosa había asimismo belleza extraordinaria, reflejo de la idea; perfeccion de formas, que encierra puros pensamientos artisticos. Esto sólo puede comprenderlo la inteligencia. Sólo el espíritu puede gozar de todo esto. Es así que la mariposa no tiene inteligencia, ni espíritu, ni siquiera olfato: luego al rosal le faltaba lo mejor. Sus prendas de más valía quedaban sin fin y sin propósito. Entónces ví claro que, si el mantillo y la mariposa eran indispensables para el rosal, eran más indispensables aún mente elevada, espíritu y conciencia, que le comprendiesen y admira-

sen. Aplicad ahora la parábola y reconocereis mi justificación. Yo soy el rosal; tú, Crematurgo, eres el mantillo; tú, Eumorfo, la mariposa; y Proclo es la nariz que aspira el aroma y la mente que estima la beldad y goza dignamente de ella. ¿Qué culpa adquiere el rosal de que nada sea completo en este bajo mundo? ¡Lástima es que no se logren mantillo, mariposa, narices y mente en un sér solo! Como el rosal requería todo esto y no se hallaba reunido, he tenido que buscarlo por separado.

CREMATURGO.—Pues yo no me avengo. No quiero ser mantillo y nada más. ¡Adios, ingrata! (Vase.)

EUMORFO.—Tampoco me resigno yo á ser una mariposa ininteligente, sobre todo cuando por amor tuyo me había puesto ya á estudiar filosofía. ¡Adios, infame! (Vase.)

ESCENA XI.

ASCLEPIGENIA, PROCLO.

ASCLEPIGENIA.—Mantillo y mariposa me abandonan. ¿Me abandonarás tú también, Proclo mio?

PROCLO.—Confieso que mi alma está destrozada. Tal vez haría yo bien en huir de tu lado para siempre; pero hay una fuerza que me retiene cerca de tí. En balde he querido espiritualizar, santificar la civilización antigua, risueña y amante de la hermosura, pero liviana. No acierto, con todo, á divorciarme de ella. Soy de ella. Soy tuyo sin remedio. El vergonzoso y duro desengaño no mata el amor de mi cora-

zon al derribar todo el edificio filosófico que con tanto afán y arrogancia había yo levantado. Se me figura que cae sobre mí el justo castigo de la soberbia del espíritu. El espíritu se apartó con desden de la naturaleza; quiso elevarse por cima de la inteligencia y de la causa; pugnó por ir más allá del sér mismo; aspiró á confundirse con el principio inmutable de todo sér. La union mística, de que tanto me he envanecido, fué sin duda ilusion malsana. El principio indefinible del sér, con el cual yo creía unirme, y del cual todo lo que se afirma es negando, era el no ser: era la nada. Mi supuesta identificación con él fué muerte egoista. No fué la muerte generosa de aquel que, amando la vida, sabe darla por el triunfo de una noble idea, por su patria, por la felicidad del objeto amado. Mi prurito de perderme en el Uno, absorbente, impersonal, que todo lo tiene en sí y nada tiene, es la más monstruosa perversion del espíritu. Es no saber vivir y gozar en el seno de este vario y bello Universo. Es crear un misticismo contrario al amor. Mi misticismo reconcentra el alma: el amor la difunde. Apartado el espíritu de la naturaleza, ¿qué se puede esperar sino lo que veo y lamento ahora? Ó el delirio que toma la nada por el principio del sér, ó la vileza, el rebajamiento, la impura grosería y el brutal apetito de goces materiales, triunfantes en la naturaleza, en la sociedad y en todo pensamiento, cuando el espíritu los abandona. En cambio, ¿qué vale el espíritu que se aparta del mundo real, creyendo adorar lo divino y adorándose á sí propio? Ni para resistir los golpes del infortunio más vulgar conserva brío suficiente. ¿Qué energía de voluntad me queda?

Sólo soy capaz de vil y cobarde resignacion ó de morir aquí de pena, como mujercilla nerviosa. ¡Qué vergüenza! No puedo más. ¡Ay de mí!

(Proclo cae desmayado en la silla-larga.)

ASCLEPIGENIA.—¡Atenais! ¡Atenais! ¡Acude! ¡Oh desgracia! Acude; trae un pomo de esencias. ¡Nos quedamos sin filosofía! Ya no hay filosofía posible. Ya no hay más que ciencias positivas y prosáicas. Mi filósofo se me muere. (Se inclina sobre él, y le abraza con la mayor ternura.) Huele mal; pero... ¡es tan sabio! ¡es tan bueno!

ESCENA XII.

DICHOS, ATENAIS.

(Atenais ayuda á Asclepigenia á cuidar á Proclo, aplicando un pomo de esencias á sus narices.)

ATENAIS.—Cálmate. No es nada. Ya vuelve en sí.

ASCLEPIGENIA.—¡Buen susto me he llevado! ¡Pobrecito mio de mi alma! ¡Qué malo se me puso!

PROCLO. (Se levanta.)—Perdóname, amiga. Ha sido un momento de debilidad. (Reparando en Atenais.) ¿Quién es esta gallarda doncella?

ASCLEPIGENIA.—Es Atenais, hija de Leoncio.

PROCLO.—¡La hija de mi docto é ilustre amigo!... ¡El cielo te bendiga, Atenais!

ASCLEPIGENIA.—¿Me perdonas, Proclo?

PROCLO.—No hablemos más de lo pasado: olvidémoslo.

ASCLEPIGENIA.—¿Vivirás conmigo?

PROCLO.—No quiero ni puedo vivir ya sin tí. Tú serás el lucero que ilumine con su luz apacible la melancólica tarde de mi existencia. Estas blancas y suaves manos (Las toma entre las suyas.) cerrarán con amor mis párpados cuando se junten para dormir el último sueño.

ASCLEPIGENIA.—Contigo no echaré de ménos ni la riqueza, ni la hermosura corporal... ¿Qué más hermosura, qué más riqueza que el tesoro de tu alma? Si es menester, viviremos en la mayor estrechez. Algo se me estropearán las manos de guisar y de remendarte la ropa. La elegancia, el esmero, el perfume de aristocrática distincion se desvanecerán casi por completo cuando vivamos míseramente. ¿Pero qué importa? Yo poseeré tu alma y tú la mia.

PROCLO.—No ha de ser así. No consentiré que se pierda ó que se deteriore ni una chispa, ni un átomo de toda esa beldad que te dió naturaleza y que el arte ha completado y realzado. Yo ganaré riquezas para tí. Para tí tendré hermosura corporal y juventud lozana.

ASCLEPIGENIA.—No te alucines, Proclo. La juventud que se fué, no vuelve nunca. Vénus Urania no te visitó sin motivo. En cuanto á la riqueza, doy por cierto que no ganarás jamás un óbolo con toda tu filosofía, á no ser que apeles al milagro.

PROCLO.—Pues bien; al milagro apelo. Ahora vas á ver quién yo soy. ¡Aquí te quiero, oh Teurgia! Para algo me has de servir. Hasta ahora, Asclepigenia idolatrada, has poseído en Eumorfo y en Crematurgo hermosura, juventud y riquezas, contingentes, li-

mitadas y caducas. De hoy en adelante vas á poseer la juventud, la hermosura y la riqueza, en absoluto y para siempre. Guardad silencio religioso. Ya empieza el conjuro.

(Profundo silencio. Proclo, agitando su báculo, traza en el aire círculos y otras figuras mágicas, y murmura entre dientes palabras ininteligibles. Oyése música celestial, lenta y sumisa. En el centro del teatro se va cuajando una brillante y cándida nube, con arreboles de carmin, oro y nácar.)

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS.—¡Qué portentoso!

PROCLO.—Ocultos en esa nube tienes ya, á tus órdenes y para tu servicio, en reemplazo de Eumorfo y de Crematurgo, al flechero Apolo, al más elegante y bonito de los dioses, y al hijo de Jasion y de Céres, al ciego Pluto, dispensador de las riquezas. ¿Quieres que salgan con séquito de musas, gracias, ninfas y genios, ó que salgan solos?

ASCLEPIGENIA.—Que salgan solos. Ya les iré pidiendo, en la sazón conveniente, todo aquello que se me ocurra.

PROCLO.—¡Apareced, dioses!

(Se abre la nube, y salen de ella, con mucha luz de Bengala, Pluto, cojo, ciego y alado, y Apolo, muy bizarro y airoso, con manto de púrpura, corona de laurel y lira en mano.)

PROCLO.—¿Qué más tienes que pedir?

ASCLEPIGENIA.—Nada. Yo me contentaba con tu amor.

PROCLO.—Recapacita, sin embargo, si algo te falta.

ASCLEPIGENIA.—Si no me motejases de sobrado pedigüña y exigente, aún te pediría una cosa.

PROCLO.—¿Cuál?

ASCLEPIGENIA.—Que te laves.

PROCLO.—Me lavaré.

ATENAIS.—Ya eres dichosa. Posees ciencia, hermosura, juventud, riqueza y hasta aseo. Yo, desválida y menesterosa, lejos de envidiarte, me regocijo.

PROCLO.—El cielo te premiará, generosa Atenais. Yo, que estoy ahora inspirado, leo en el porvenir tu egregio destino. El joven Teodosio, á quien educa muy bien su hermana Pulqueria, á fin de que brille en el trono imperial, se casará contigo. Así serás emperatriz de Oriente. Serás feliz y poderosa sin acudir á la magia; pero tendrás que hacerte cristiana. Por último, para que nuestra gloria y nuestra felicidad sean más estupendas y vividoras, despues que pasen trece ó catorce siglos, contando desde el día de la fecha, aparecerá en la risueña y fértil Bética, cuna de la dinastía reinante y patria de tu abuelo político el Gran Teodosio y de otra infinidad de personas eminentísimas, cierto escritor ingenioso y verídico, el cual ha de componer sobre los sucesos de esta noche un diálogo, donde traté de competir con el divino Platon en lo elevado y grave, y con el satírico Luciano en lo chistoso y alegre.

ATENAIS.—Mucho me he de holgar si tus vaticinios se cumplen.

ASCLEPIGENIA.—Y yo también. Temo, sin embargo, que ese diálogo, que Proclo anuncia, sea una extravagancia sin amenidad y sin viveza, donde nosotros figuremos, no como seres reales, sino como personajes alegóricos: donde Proclo y yo representemos la antigua poesía sensual y corrompida y el antiguo saber agotado, desesperado y estéril, que para seguir viviendo juntos se entregan á brujerías y supersticiones.

ATENAIS. — Si esa alegoría puede tener alguna aplicación cuando el diálogo se escriba, tal vez interese el diálogo.

ASCLEPIGENIA. — Suceda lo que suceda, no debe importarnos mucho. Allá se las haya el autor. Nosotros cinco, mortales y dioses, vámonos al triclinio, donde tengo preparada una suculenta y bien condimentada cena.

MORTALES Y DIOSSES. — Vámonos á cenar.

FIN.



